

---

Pedro Carlos González Cuevas  
*Acción Española. Teología Política y nacionalismo autoritario en España. (1913-1936),*  
Madrid, Tecnos. 1998. 411 págs.

El libro que aquí comento contiene, además del estudio de la revista *Acción Española* (1931-36), un exhaustivo análisis de la formación y desarrollo de una corriente ideológica que arranca con los primeros años de la crisis de la Restauración y culmina con el comienzo de la guerra civil; una corriente que habría desembocado en un tradicionalismo de nuevo cuño —en el que sería posible identificar y estudiar una teoría de la contrarrevolución sofisticada y homogénea— y se habría convertido en mayoritaria dentro de las derechas españolas. Todo esto, en verdad, como resultado de un proceso precipitado por la proclamación de la Segunda República, al hacerse más urgente, si cabe, la elaboración coherente de una ideología conservadora contestataria, tan monárquica como católica y, claro está, profundamente antirrepublicana y antiliberal.

A pesar del relato detallado de la situación política y de la copiosa información que contiene el libro —esfuerzo que hay que agradecer especialmente—, es en el debate de las ideas en el que este texto encuentra su horizonte, el sentido de su cronología y el deseo implícito de explicar el origen in-

tellectual de esa ideología tradicionalista. Tiene, *grosso modo*, dos partes diferenciadas. La primera empieza con una explicación exhaustiva de los tres últimos lustros del reinado de Alfonso XIII para llegar así hasta las puertas de la Segunda República. La segunda se dedica plenamente al periodo activo de *Acción Española*; el análisis de la revista sirve de pretexto para abarcar una historia más amplia, la de la derecha monárquica del periodo republicano. Aparte el protagonismo de este sector, no está ausente la consideración del grupo mayoritario dentro de la derecha católica, Acción Popular. Se trata, sin duda, de una presencia que no es gratuita; encaja con la pretensión más o menos explícita de estudiar ambas corrientes de un modo convergente, de ahí que la «teorización contrarrevolucionaria de la derecha católica» tenga un espacio reservado en el texto, el que corresponde al segundo bienio, allá por 1935, momento cumbre de los gobiernos de centro-derecha.

Dentro de ese ámbito temporal tan amplio, tiene especial importancia la explicación de la crisis política de la Restauración. Según reza el libro, la Res-

tauración fue, en relación al déficit de libertad de nuestro siglo XIX, una cierta obra de civilización de la derecha; aunque de poco sirvió, por cuanto que las concesiones ideológicas que el liberalismo hizo al tradicionalismo para afianzar la restauración monárquica, más que aportar una senda de paz y progreso a la sociedad española, se tradujeron en el fiasco de los principios liberales. Las concesiones a la Iglesia, la parálisis del conservadurismo liberal, sus veleidades antidemocráticas, la Monarquía como personificación del Estado más que como representante de la voluntad nacional..., fueron, en definitiva, contradicciones propias de un liberalismo falseado e imposibilitado de raíz para dirigir un tránsito gradual a la modernidad democrática y secularizada.

No se turbe el lector si ha notado la asombrosa comunión que existe entre esta interpretación histórica y la de la izquierda republicana de entreguerras. Siguiendo con ese razonamiento, la crisis de la Restauración, a la par de la del liberalismo europeo, facilitó un acercamiento de las distintas familias de la derecha sobre presupuestos antiliberales. La evolución de ciertos sectores mauristas, las buenas relaciones de los católicos con Primo de Rivera y la labor de los ideólogos de la dictadura confirmarían esa unidad de destino antiliberal del campo conservador. Es fácil entender, según

esto, que la ideología de la derecha antiliberal de los treinta no habría carecido de un pasado político en el que rastrear sus orígenes. Así las cosas, *Acción Española* fue la culminación, lógica y consecuente según este argumento, de la consolidación de las tendencias antiliberales en la derecha española.

En ese recorrido, Ramiro de Maeztu representa, desde su propia evolución personal, la mejor puesta en escena del desplazamiento del conservadurismo monárquico y católico, antaño liberal, hacia un nuevo tradicionalismo y nacionalismo autoritario. El libro de Pedro Carlos González hace un análisis detallado del pensamiento político de Maeztu, y lo hace, a mi juicio, excediéndose en dos aspectos: su coherencia y su proyección pública dentro de la derecha; ambos, de ser ciertos, resultan incompatibles con la pluralidad ideológica y el pragmatismo que distinguía al conservadurismo monárquico. De hecho, en *Acción Española*, Maeztu no podía encontrar y no encontró otra cosa que un grupo claramente minoritario y profundamente heterogéneo. Sólo una actividad conspiradora desenfundada contrapesó, en parte, aquella dispersión irremediable de la derecha española.

La derecha antiliberal de los treinta deseaba una ruptura radical con los métodos constitucionales y parlamentarios y

postulaba un nuevo orden político, social y económico configurado con los elementos de una determinada tradición nacional e interpretación de la historia de España. Decía venerar el pasado y, sin embargo, gran parte de su armazón ideológico lo había construido, como en el caso de la izquierda antiliberal, sobre el desprecio del mejor fruto del pasado más cercano, esto es, la herencia ilustrada, la construcción decimonona del Estado liberal y constitucional, la independencia de las esferas civil y religiosa en el ámbito de la política, la centralización, la burocracia estatal, el racionalismo jurídico..., todo ello símbolo de la construcción paulatina de un marco estable de garantías para la libertad en el que se habían invertido más de cien años.

Esa derecha antiliberal de los años treinta presentaba, precisamente por su ataque a la modernidad y al liberalismo, importantes diferencias tanto con el liberalismo conservador como con otros sectores menos liberales pero igualmente católicos, monárquicos y conservadores —léase Acción Popular, con todas sus ambigüedades—. No parece creerlo así Pedro Carlos González, que al analizar las tácticas de la derecha católica ante el nuevo régimen, considera al accidentalismo de Acción Popular sólo como presupuesto especulativo y, en consecuencia, mero disfraz de posiciones monárquicas antiliberales, antidemocráticas y desleales

con el nuevo régimen. Siendo así, el posibilismo de la mayoría de los miembros de Acción Popular, apoyado por el sector de la Iglesia católica que más peso tenía en ese momento, no fue otra cosa que una farsa táctica tras la cual descansaban presupuestos similares a los del tradicionalismo monárquico de *Acción Española*. Asimismo, Gil Robles, el líder más importante de la derecha católica durante la Segunda República tanto por su papel integrador y movilizador como por su dimensión parlamentaria, queda completamente desautorizado y poco menos que en ridículo. Y si el posibilismo fue una farsa y el accidentalismo un imposible, no digamos ya cómo habría que calificar el estimable esfuerzo que hizo la jerarquía católica y la nunciatura para alcanzar un acuerdo preconstitucional con el gobierno de la Segunda República durante el verano de 1931. En fin, de este modo, todos y cada uno de los pormenores que diferenciaban al conservadurismo católico de Gil Robles, Angel Herrera —nombrado en 1932, no por casualidad, presidente de la Acción Católica—, Jiménez Fernández, Luis Lucia, y tantos otros, respecto de Antonio Goicoechea, Eugenio Vegas Latapié o Calvo Sotelo, se diluyen bajo un paradigma que hace converger a ambos en un mismo plano ideológico. Resulta así que los monárquicos puristas, que estaban en clara minoría en las elecciones de 1933 y 1936, habrían

sido los depositarios de una corriente de pensamiento más que mayoritaria.

Ahora bien, las tácticas políticas coyunturales tienen un valor incalculable en una situación de repentina y amplia movilización política como fue la de los años treinta en España; y ese valor supera toda ambigüedad en la interpretación, para alcanzar un significado propio en el caso del *ralliement* de los católicos españoles. El discurso más o menos antiliberal que acompañaba a muchos de los líderes cedistas no debe hacernos olvidar lo que esas actitudes demostraban: la supervivencia de un talante de predisposición hacia el acuerdo, al modo liberal de antaño, y un esfuerzo por superar contradicciones teóricas y limitaciones doctrinales mediante la acción política. Además, conviene recordar que fue a este esfuerzo más o menos sincero al que premió la amplia mayoría del voto católico y conservador —y, por qué no, monárquico—.

Pero si aquello que parece simple diferencia táctica entre Gil Robles y Goicoechea o entre *El Debate* y *Acción Española* se observa en el terreno de las ideas, tampoco aparece tan nítida una posible línea de convergencia subrepticia. Bien es cierto que Gil Robles, tal como

se explica en el libro, presentó en 1922 una tesis doctoral en la que las apelaciones a la tradición y al papel del catolicismo en la política española recuerdan a los postulados de *Acción Española*. Sin embargo, si se trata de conocer las supuestas determinaciones de su biografía intelectual y política, no basta con unas cuantas líneas dedicadas a un trabajo teórico y universitario escrito diez años antes de la proclamación de la República; hay que añadir un análisis exhaustivo de sus múltiples y decisivas intervenciones parlamentarias, conferencias y mítines. Es verdad que Gil Robles compartía presupuestos de la crítica del parlamentarismo y del liberalismo y apelaba al valor de la conciencia católica en la estabilidad, unidad y sentido universal de la nación española, encarnada en la dinastía histórica. Pero no despreciaba ni consideraba del todo caducada la opción parlamentaria, confiaba en la capacidad de movilización de las derechas y en el valor del sufragio y defendía una interpretación de la doctrina católica que, aun negando la tolerancia con el «error», hacía del bien común y la defensa práctica de los derechos de la Iglesia suficiente motivo para trabajar desde dentro de la legalidad republicana<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> Uno de los mejores discursos políticos de Gil Robles sobre la táctica accidentalista y el sentido de la política de Acción Popular fue el celebrado ante más de 4000 personas en el domicilio social de Acción Popular en Madrid el 15 de junio de 1932. *El Debate*, 16 de junio de 1932.

Hubo, claro está, distintas etapas y momentos, tanto de su pensamiento como de su actividad política; la cronología, en este caso, tampoco es baladí. En la segunda mitad de 1935 Gil Robles demostró mayores simpatías y proximidades con la derecha radical, pero entonces la situación política había cambiado considerablemente en dos aspectos que no siempre se valoran suficientemente: primero, se había producido un levantamiento revolucionario contra la legalidad de la República, legalidad que tuvieron que defender sus, a priori, máximos enemigos, y, segundo, al partido con mayoría de votos en el Congreso se le había negado por la más alta magistratura del país, ateniéndose a un criterio de lealtades que no se había establecido años atrás con los socialistas, el acceso al control del gobierno. Igualmente cierto es que aumentaron las veleidades y amistades oscuras de los cedistas con la derecha extremista y los sectores conspiradores a medida que se afianzaba el temor a que la República desembocara en un régimen socialista, antireligioso y separatista. Era, sin duda, la semilla de un nuevo discurso de confrontación y rechazo del régimen que nunca, pese a lo que se ha dicho, llegó a germinar; y que estaba más relacionado con la coyuntura política del segundo bienio que con una convergencia teórica e ideológica de fondo.

Si la actuación política invalida un juicio definitivo sobre la

proximidad entre el cedismo y los monárquicos, el ámbito de la especulación ideológica tampoco es tan claro respecto a las afinidades cedistas con el discurso tradicionalista. La doctrina católica no era en absoluto liberal, el catolicismo compartía una concepción organicista de la sociedad que tenía su traducción en la política por medio de cierto tipo no del todo claro de corporativismo, la confianza teórica en el sufragio universal era escasa y las preferencias apuntaban hacia algún tipo de régimen autoritario de transición en el que se impusiera un orden social y laboral estables. Pero, a diferencia de los monárquicos de Renovación Española, los católicos cedistas confiaron durante meses en que la República hiciera valer sus postulados liberales y respetara la libertad de cultos y la libertad de enseñanza; repitieron hasta la saciedad y contra todo tipo de situaciones adversas la obligación de acatar los poderes legalmente constituidos y llegaron a considerar la posibilidad de gobernar dentro del marco constitucional dado. La apelación cedista al ser católico de España o la crítica del liberalismo no llegaba a los parámetros del grupo de *Acción Española* ni tenía demasiado que ver con el ideal de Hispanidad de Maeztu o la durísima crítica de la doctrina del *ralliement* que elaborara Vegas Latapié. El propio Gil Robles se encargó, en el Congreso de los Diputados, de manifestar la disponibilidad católica a aceptar

un marco constitucional no confesional<sup>7</sup>. Y *El Debate*, en diciembre de 1933, conteniendo la explosión de fuerza y confianza que se derivaba del triunfo electoral de la CEDA, no dudó en publicar una editorial que respaldaba la opción de una derecha católica leal al régimen, sujeta a sus instituciones y confiada en los mecanismos legales de reforma constitucional<sup>8</sup>. Mucho le disgustó eso a *ABC* y a *El Siglo Futuro*, que contraatacaron como pudieron recordando al máximo órgano de la CEDA la experiencia de 1931-33; no les faltaba algo de razón: un bienio en el que *El Debate* había sido cerrado dos veces por decisión gubernativa, sin que se demostrase o aportara prueba de que hubiera violado la ley y, por tanto, sin garantía judicial alguna; un bienio en el que se había legislado el cierre de los colegios dirigidos por religiosos, disuelto la Compañía de Jesús

sin posibilidad de cursar el recurso previsto por la Constitución ante el Tribunal de Garantías, permitido más de un centenar de incendios contra edificios religiosos... Si ante ese panorama que recordaba *ABC*, *El Debate* apoyó la opción basada en una escrupulosa prudencia política que incluía el apoyo parlamentario a los radicales — para mayor escarnio, antiguos *comecuras*— no cabe otra cosa que ser cautos a la hora de, primero, minusvalorar el papel de la doctrina del accidentalismo o el posibilismo cedista y, segundo, sobrestimar ciertos contenidos de la *Revista de Estudios Hispánicos*, órgano doctrinal de algunos cedistas que apareció al calor de los acontecimientos del segundo bienio y careció, además, de la difusión, coherencia y continuidad temporal de *El Debate*.

MANUEL ÁLVAREZ TARDÍO

Vicente Cacho Viu

*El nacionalismo catalán como factor de modernización*,  
Quaderns Crema, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes,  
Barcelona, 1998.

Resulta ciertamente incómodo reseñar, criticar, la obra de un profesor desaparecido no hace mucho tiempo. Todos ad-

mirábamos a Vicente Cacho. Su charla, llena de anécdotas y sucesos, resultaba fascinante. El profesor Cacho era un gran con-

<sup>7</sup> DSSC, 8 de octubre de 1931, pág. 1529.

<sup>8</sup> Edit. «Los católicos y la República», en *El Debate*, 15 de diciembre de 1933. La respuesta de *ABC* el 16 de diciembre de 1933; para ellos eran, precisamente las normas de la Iglesia las que «imp[edían] la incorporación de los católicos a la República». También *El Siglo futuro*, 15 de diciembre de 1933.